



UN VOLCAN EN LA LUNA.

El grabado representa una montaña de la luna que Hevelio llama el monte Ligustino, y Riccioli el monte Aristillo. Esta singular apariencia de una parte de la superficie lunar está reproducida tal como la presenta un anteojo que muestra al revés los objetos y en una posición en que los rayos del sol, terminando en el ojo del observador, hacen un ángulo de cerca de 43 grados con la superficie. La reducción, para el conjunto del paisaje, es de un duodécimo de pulgada por milla; la milla romana es de 75 al grado; corresponde á 1,482 metros franceses, y la pulgada romana vale 0,00219, lo que da una reducción en la relación de 1 á 716,400 próximamente. La extensión de tierra, ó mas bien de luna que se tiene á la vista, es de cerca de 100 á 110 kilómetros de longitud.

Un astrónomo extranjero, el caballero Decuppis, es el que ha dirigido esta carta á Roma, según las observaciones hechas con ayuda del célebre y poderoso telescopio de Canchoix.

El monte Ligustino presenta todos los caracteres de un volcan apagado. El diámetro del crater, A, es de cerca de 56 kilómetros. El punto mas elevado de su circunferencia, D, tiene cerca de 2,606 metros sobre el fondo de la cavidad; el punto opuesto, E, se eleva á cerca de 2,012 metros. En el centro del crater se eleva un cono de 876 metros de altura, y á su lado se nota otro mas pequeño. El fondo del crater, observado atentamente y en circunstancias favorables, parece cubierto de asperezas, que se supone indican piedras y porciones de lava. De este volcan parten cinco ramificaciones de elevaciones menos pronunciadas. Sobre estas crestas se elevan agujas, especie de pirámides ú obeliscos naturales, semejantes á las columnas basálticas que se encuentran en diversas comarcas de nuestro globo. La aguja mas elevada, B, es de 1,519 metros de altura: cuando fué observada por la primera vez, su sombra se proyectaba á lo lejos, su punta está sola iluminada por el sol, descomponía la luz y presentaba el color del prisma, lo que ha dado lugar á conjeturar que esta aguja gigantesca se componía de una materia vidriosa.

En la dirección del Mediodía, el monte Ligustino está unido á una montaña mas pequeña llamada Autólico, C, cuyo crater tiene 87 kilómetros y medio de diámetro: se ha observado en el fondo de este crater un cono central, pero no existen agujas cerca de sus pendientes.

Estas dos montañas están situadas, como dos islas, en medio de la parte meridional de una comarca lunar conocida de los astrónomos bajo el nombre de *La mar de lluvia*, F, que está tambien designada en su parte occidental, bajo el nombre de *Lagunas de putrefacción*.

LAS RUINAS DE LAS BESAS Y EL PUEBLO DE CERVIA.

Si la historia fuera bastante capaz para ocuparse indistintamente de todos los hombres; si las acciones heroicas del triste soldado y los hechos beneméritos del paisano oscuro, pudieran escribirse al lado de las de los grandes generales, y en general de aquellos que la suerte

y la fortuna han elevado sobre sus hermanos, y si las pequeñas poblaciones, á la par que las grandes capitales, merecieran ocupar una página de ese libro, á fin de transmitir á la posteridad los sucesos notables, que inmortalizarían tal vez el nombre y la patria de mas de un héroe; á buen seguro que no se ignorarían tantas cosas dignas de saberse, ni serían tan confusas tantas tradiciones que se conservan apenas, y que constituyen como una sucinta crónica de los pueblos. Mas siendo esto imposible, es tambien indispensable que por mas grandes que sean las hazañas de un hombre del vulgo, y aunque incalculables los sacrificios de una población pequeña, pasen desapercibidos ó queden pronto sepultados en la noche del olvido, y gracias á su enormidad ó inaudito mérito, si la memoria de algunos ha logrado pasar al través de un corto número de generaciones. Sugiriéndonos estas reflexiones las profundas sensaciones que en nosotros despertó la vista de un objeto muy triste, que viajando dias atrás por las risueñas riberas del pequeño rio Set, se presentó á nuestra vista.

Eran unas estensas ruinas que, situadas á la vertiente de una pequeña loma, cuyos piés, murmurando tristemente baña el mismo riachuelo, advierten sin cesar la inestabilidad de las cosas humanas al mas distraído filósofo que por allí á pasar acierte. Una iglesia, si bien bastante desmoronada por la mano destructora del tiempo, casi entera, los restos de muchas casas, algunas de las cuales se conservan aun en pié, á pesar de estar descubiertas y tener algunas aves nocturnas por únicos moradores, y algunos lienzos de una pared muy fuerte, pertenecientes á un antiguo castillo feudal de la edad media, que situado en lo mas alto de la loma, parecería algun dia el rey de la comarca; hé aquí lo que no puede dejar de llamar vivamente la atención del viajero que por primera vez sigue el camino que desde la ciudad de Lérida conduce á Cornudella y á las Garrigas. De mí al menos sé decir, que pudiendo resistir apenas al impulso de mi admiración y curiosidad, penetré hasta el centro de aquellas ruinas, y profundamente afectado por tan triste perspectiva, me dejé caer mas bien que sentarme sobre una de aquellas mohosas y venerandas rocas, haciendo mil y mil conjeturas sobre cuál podia ser la causa del total abandono y destrucción del pueblo que allí, en época sin duda no muy remota, habia existido. No sé el tiempo que allí permaneciera si mi criado no hubiera venido á avisarme de que la noche iba entrando á toda prisa, y que apenas nos quedaba tiempo suficiente para llegar al término proyectado de nuestra jornada. Esto no obstante, no quise separarme de allí sin preguntar antes al conductor de un molino, que está allí muy inmediato, y manifestarle mis deseos de averiguar cabal y minuciosamente todo lo relativo al funebre objeto que me preocupaba. No llevó aquel buen hombre á mal mi demanda, y á fin de satisfacerme mas puntualmente, me instó á que pernoctase allí, para que le fuera fácil al dia siguiente presentarme á un respetable anciano, que como muy versado en las tradiciones del país, no dudaba que me daría cuantas esplicaciones deseara.

Así se verificó puntualmente, y no bien la aurora del siguiente dia empezaba á asomar por las puertas de oriente, sacudiendo de sus ca-

26 DE SETIEMBRE DE 1852.

bellos infinitad de líquidas perlas con que se engalanaban las plantas y sus flores, cuando embelesados por el armonioso canto de mil suertes de pintados pajarillos, que saludaban al radiante Febo, que pronto había de venir, nos encaminamos á un vecino lugarejo, donde al frente de una antigua casa encontramos un venerable octagenario, de calva frente y cabellos blancos, quien apoyado en su grueso báculo salía á dar un paseo matutino. Sombrero en mano nos inclinamos á la presencia de aquel respetable patriarca y le saludamos afectuosamente, mientras que él, con aquella cordialidad y franqueza que en vano trata de remedar la fingida política de las ciudades, nos devolvió el saludo, y nos introdujo en su casa. Mi huésped me dió luego á conocer; yo espuse á mi vez mis pretensiones, y después que aquel hombre nos hubo escuchado con singular bondad y agrado, y de habernos prometido satisfacer con gusto á cuantas preguntas tuviéramos á bien dirigirle, tomó un polvo de rapé y empezó su narración de la manera siguiente:

«Cuando en el año 1706 y siguientes, por todos los ángulos de la monarquía, y particularmente en este principado, arreció fuertemente el huracán de aquella tan terrible cuanto asoladora guerra de sucesión, en que los catalanes, por su inaudito valor, constancia sin límites, amor sin par á las libertades y fueros del país, y celo ardiente por la independencia española, conquistaron el detestable, odioso é inmerecido dictado de *rebeldes*; los habitantes de las riberas del Set mostraron luego pertenecer á una nación de héroes, y con un calor y desprendimiento nada comunes, abrazaron también la causa que creyeran del país, lo cual, acarreados por un odio muy especial por parte del bando contrario, dió ocasión á que el saqueo, el ultraje y el asesinato estuvieran por aquí mas de una vez á la orden del día. No obstante, poco á mi ver hubiera sido esto, si para oponerse á las fuerzas galo-hispanas que al mando del duque de Orleans invadían el país sitiando estrechamente la plaza de Lérida, después de haber rendido las de Mequinenza, Monzon y otras, en 1707 no se hubiesen organizado partidas de migueletes, que si bien es verdad causaban al enemigo daños de consideración, esquilmando insensiblemente sus filas, lo es también que concitaban su ira contra los infelices é indefensos pueblos, que no pocas veces eran víctima inocente, inmolada al despecho y furor de los extranjeros, envidiosos siempre de la prosperidad de nuestro suelo. Una de estas bandas, compuesta en su totalidad de gente de mal vivir, apartándose poco á poco del objeto de su institución con insulto y escarnio del mismo gobierno que las creara, se declaró por último del todo independiente; trasformose en una verdadera cuadrilla de ladrones, y apoyada en las asperezas de Prades y Monsant estendía sus correrías desde el campo de Tarragona hasta la vista de los llanos de Urgel, causando males sin cuento á los mismos pueblos que antes la habían protegido, de suerte que muchos se vieron precisados á resistirse y perseguir en somaten á aquellos bandidos.

«El laborioso pueblo de las Besas fué otro de los que mas se distinguieron en defensa de sus propiedades, de manera que sus calles se vieron á menudo regadas con la sangre impura de aquellos malhechores; mas si juntos y parapetados en sus casas eran sus vecinos bastante fuertes para oponerse á las invasiones de tan terribles enemigos, no así en los campos y caminos públicos, donde por precision tenían que ir, so pena de perecer de hambre con sus mugeres é hijos. Así es que luego, después de haberse tan vigorosamente opuesto á las tropelías de aquellos que muy luego habían de dar al traste con sus bienes, con sus vidas, y lo que es mas sensible aun, con su honor, se vieron los vecinos de las Besas poco menos que asediados en sus mismas casas, porque sus encarnizados enemigos habían jurado vengarse de los daños y afrentas que de ellos habían recibido. Mas abandonados á sus propios recursos, sin esperanza ni aun remota de protección ni ayuda de los dos gobiernos beligerantes, ocupados á la sazón mas que nunca en ofender y defenderse mutuamente, y mucho menos de los pueblos vecinos, que no poco que hacer tenían en obsequio de la seguridad propia, pronto se vieron en la dura alternativa ó de perecer todos de hambre, ó de salir á labrar sus campos para procurarse los indispensables medios de subsistencia, aunque fuera á la vista de una muerte casi segura, ó doblar colectivamente la cerviz ante el ara cruenta de aquellos caribes.

«Se adoptó el segundo extremo; mas poco tardaron en ser varios víctima de su desesperado arrojé, cayendo por aquí y por allí, en los campos, en los caminos y en los bosques al filo de la cuchilla fraticida. Al espanto y dolor profundo por tales desgracias producido, un grito de terror resonó por aquellas calles: no faltaron con todo algunos, que cual otros numantinos, prefirieron abrasarse junto con lo poco que les quedaba á la vista del enemigo, al dolor de ver profanadas sus moradas por tan inmunda canalla; mas la mayoría pensó de otra manera, y aunque tarde se trató de proponer una transacción, si no honrosa, que prometiera al menos seguridad á los pocos que, hábiles para el trabajo, permanecían aun con vida. Escribiéronse una especie de capitulaciones, que por dos mugeres fueron enviadas al enemigo, quien engreído con lo que él llamaba victoria, las llenó de insultos, amena-

zas y dicterios, y no quiso darlas otra respuesta sino que se rindieran á discrecion. Esta inesperada arrogancia reanima el amortiguado valor de unos, despierta el abatido orgullo de los demás, y todos, todos unánimes, juran anteponer una muerte honrosa á la hajeza de prosternarse de nuevo ante una pandilla feroz y cobarde, cuyo único patrimonio era el del ladrón, cuya única ley la del asesino. ¡Insensatos! ¡Cuán pronto el azote cruel del hambre propia, y mas aun el triste aspecto de sus cariñosas esposas y tiernos hijos, que escualidos ya y como espectros ambulantes no cesaban de llorar y pedir el necesario sustento, habían de probar á aquel puñado de héroes que no siempre el solo valor es suficiente para contrarrestar tamaños males! No obstante tanta contrariedad y desgracia, los vecinos de las Besas, dignos por cierto de mejor suerte, ponen en obra el único recurso que les queda, y se dedican al tráfico de algunos artículos, estableciendo algun comercio con las plazas de Valls y Reus; á cuyo efecto, cuando provistos de lo necesario dejaban el pueblo bajo la custodia de sus caras esposas, salían de noche con el fin de burlar la vigilancia de sus mortales enemigos.

»Todas estas estratagemas y cálculos sirvieron solo para aumentar su despecho y rabia, y para multiplicar el número de mártires de las Besas, cuyos vecinos uno tras otro fueron cayendo bajo el puñal de aquellos, quedando solo cuatro jóvenes de menos de doce años, y uno viejo y cojo, que por su edad é imposibilidad física no podía mas que reanimar y consolar á sus compatriotas, y alentar el ánimo y guiar con sus consejos á sus cuatro compañeros. Imposible parece á primera vista que con tan rudos y repetidos golpes no cesase el ánimo de aquellos habitantes; mas no, mil veces no: la comunidad de males, estableciendo la verdadera comunidad de bienes, hizo de ellos una tierna y única familia, cuya cabeza representaba el pobre cojo. Los cuatro jóvenes, incansables y perspicaces, discurrían nuevos medios, inventaban nuevas estratagemas, hacían continuos viajes, y burlando siempre el vigilante despecho de sus enemigos, aunque furtivamente, introducían viveres á sus hermanos. Así por bastante tiempo las cosas, y como se hubiesen minorado algun tanto sus males, empezaban las amazonas de las Besas á saborear algun tanto las dulzuras de la resignación, y se entregaban ya á algunos inocentes pasatiempos que muy pronto habían de acelerar su ruina.

»Tras un día placentero ocultose el sol en las ondas, enrojándose en su marcha varias sencillas nubes, que á manera de brillante ropaje decoraban la puerta por do saliera al otro hemisferio: el leve soplo de fresco céfiro murmuraba blanda y alegre despedida al astro esplendoroso, y las últimas oscilaciones de las ramas de los árboles parecían saludarle en su marcha. Las hijas de las Besas contemplaban tan interesante escena desde las puertas de sus casas, y gozosas con el fresco que las regalara tan deliciosa tarde del mes de julio, no advirtieron á tiempo la hora de temprano recogimiento á que su crítica posición las condenara. Así fué que entrándose la noche mas aprisa de lo que fuera menester, estendiendo su negro y universal manto sobre los mortales, se vieron aquellas bruscamente acometidas por todas partes por aquellos miserables, quienes sin darlas tiempo para encerrarse y resistirse, invaden sus casas, y haciendo alarde de un valor que unas débiles mugeres habían despreciado tantas veces, á la manera que un gavilán hambriento se arroja sobre una inocente é indefensa paloma, se precipitan sobre sus víctimas con una insensibilidad de que ellos solos eran capaces. Penetran en lo mas recóndito de las habitaciones, registran los armarios y hasta las camas, entregan á las llamas cuantos libros comunales encuentran, destrozan todos los muebles, y con toda la insolencia y cinismo que inspira la maldad, se burlan de la indigencia y ruina de los inocentes á quienes tan vil y villanamente habían destruido. No satisfechos aun, insultan y apalean al pobre viejo, maltratan á los débiles é indefensos niños, aprisionan varias mugeres.

»Este nuevo é inesperado golpe acabó de aterrar á todos y destruyó todos los planes concebidos; el abatimiento mas completo sucedió á aquella actividad inimitable, y ya se pensó tan solo en abandonar unos lugares que solo presentaban á la vista las páginas de la historia mas sangrienta, y á la imaginación escenas de horror y espanto. No obstante, el amor al hogar doméstico hizo el último esfuerzo y obligó á aquellos infelices á humillarse y pedir perdón á tan execrables bandidos, quienes después de mil sarcasmos y desdenes insultantes, prometieron no vear ulteriormente mas que á los otros el pueblo de las Besas, dándose por satisfechos con lo cara que habían hecho pagar la temeridad de sus moradores. Con esta seguridad trataron de acometer otra vez con ardor las interrumpidas faenas del campo y continuar sus viajes mercantiles: todos á su vez, todos sin distinción de edad ni sexo trabajaban á porfía, y pronto hubieran visto cicatrizadas varias heridas de su ulcerado corazón, si el genio del mal, que á buen seguro, en se resolviera por fin á poner el sello á su obra de iniquidad, esterminando á sus moradores, cual otro enjambre de abejas sacudido por mano traidora.

Al llegar aquí nuestro venerable cronista, vióse su mente abrumada por el peso de inmensidad de tristes ideas; un sudor copioso bañaba su respetable rostro; las lágrimas acudían presurosas á sus húmedos ojos; se ahogó la voz en su palpitante pecho, y le fué preciso suspender su narración por un momento. Mas repuesto algun tanto, enjugó su sudor y sus lágrimas, sus dedos hundieron de nuevo en su caja, recompúsose en su poltrona, y apoyando la cabeza en su mano derecha continuó de la manera siguiente:

«Bastante sabeis, amigos, los trastornos, las pasiones y calamidades de toda especie que trabajaron á esta desgraciada nación en la época á que nos referimos: basta solo tener presente, que nuestro hermoso suelo fué por muchos años el campo do se batieron encarnizadasmente las tropas de varias naciones europeas; que en los innumerables azares de una guerra tan feroz como sanguinaria, nuestros ricos pueblos eran de continuo invadidos y á menudo entregados al saqueo y al incendio por las huestes tanto de uno como de otro bando, y lo que peor es aun, la parte activa que en mal hora tomaron nuestros abuelos en aquella lucha de sangre y esterminio, dejándose arrastrar á veces por las mas viles pasiones y fomentando la mas espantosa guerra doméstica de que haya memoria en los anales históricos, para formarse una idea de lo que fueron aquellos desgraciados tiempos. En medio pues de tempestad tan deshecha, y cuando los pueblos, cansados ya de luchar y agitarse inútilmente entre las embravecidas olas de un mar tan borrascoso, solo esperaban su completa y universal ruina, una débil luz, aunque pálida y opaca, reanima la perdida esperanza, y hace confiar que no está lejano el día de paz, por el cual tanto suspiraban, porque no solo los sucesos de la guerra, sino tambien los cambios de la política europea, hacen prever que Felipe V será por fin declarado definitivamente rey de las Españas. Mas antes de que llegase tan venturoso y universalmente suspirado día, el pueblo de las Besas habia de experimentar una nueva catástrofe, que obligase á sus moradores á abandonarlo para siempre.

«Luego pues que las aguerridas tropas del mencionado monarca, mandadas por el inteligente Vendóma, el día 10 de diciembre de 1710, con la casi completa derrota de la formidable columna de Staremberg en los campos de Brihuega y Villaviciosa, se hubieron sobradamente compensado de las pérdidas que los austro-catalanes les causaran en agosto del año anterior en las alturas de Almenar y campos de Zaragoza, y luego después que como consecuencia legítima de tan memorable jornada vió Felipe no solo salvadas las fuertes plazas de Lérida y Tortosa, sino que sus huestes se habian apoderado sin oposicion de las de Balaguer, Agramunt, Calaf, Montblanc y otras, asegurando con esto la tranquila posesion de toda la parte occidental del principado; se dedicaron ya á mediados de 1711 á la persecucion de las partidas volantes, que tanto las habian incomodado. Los clamores de los habitantes de todos estos contornos, que hasta aquí parecian aletargados, penetraron hasta el trono de Castilla, y el esclarecido Felipe dió muy luego la orden de que se prestase la debida proteccion á los indefensos pueblos, procurando con especialidad el esterminio de la pandilla de Monsaut, que en su larga carrera de crímenes tantos males habia causado.

«Bastaron los primeros pasos para desconcertar aquellos cobardes; pero quien habia vivido en el crimen preciso era que hasta la muerte dejara huellas profundísimas de su instinto brutal y sanguinario. En el terror que infunde el crimen, en todas partes veian solo enemigos, y el patíbulo que tanto merecian sus fechorias; todos los habitantes del país eran considerados como espías, y ya en sus mas recónditas guaridas hallaban solo horror y espanto, presentándose siempre á su vista, cual formidable espectro, la venganza que los martirizados pueblos en breve tomarian. Inútil es por demás decir que los cuatro vecinos de las Besas no podian pasar desapercibidos á los ojos de aquellos foragidos: algunos pasos, de seguro indiferentes, eran calificados de sospechosos; sus viajes mercantiles de medio indirecto y solapado para espiar sus movimientos, y en todo y por todo se les consideraba en continuas relaciones con el comandante militar de Lérida. Un pequeño descalabro que sufrieron en las inmediaciones de Pabollada, fué el último golpe de gracia para el desdichado pueblo, en cuyo honor nos ocupamos ahora. Despechados en su retirada y atribuyendo la sorpresa recibida á algun aviso confidencial de aquellos cuatro infelices, que fueron siempre el blanco de su enojo, los esperan al paso, y aparentándose una fingida amistad los cogen desprevenidos, los atan fuertemente, y aquella misma tarde los llevan á un montecillo no muy distante de las Besas, y en el cual, por razon del dilatado campo que desde su cumbre se descubre, solian ellos colocar su guardia (motivo por el que se le dió el nombre significativo de *toral de la alalaya*, que hasta hoy dia conserva), y allí, sin dar oidos á sus lamentos y protestas de inocencia, fueron vil y cobardemente asesinados.

«No quedó aun satisfecha la ferocidad de aquellos caribes; habian bebido en la copa de la maldad, y debian apurarla hasta la última

gota. Cometidos los cuatro asesinatos referidos, con el fin de multiplicar el martirio que tal nueva habia de causar á los desamparados de las Besas, y en especial á las desgraciadas esposas, quisieron ser ellos mismos los mensajeros, y las manos teñidas aun en sangre, entran con bulliciosa algazara en aquel pueblo, maldito al parecer de Dios, y aparentando ignorar lo sucedido, tratan de arreglar un baile, al que obligan á comparecer á las mugeres, y allí, en medio de las acciones mas impúdicas y de las mas groseras y obscenas bala-dronadas que se dejan presumir, hacen vil alarde de su último crimen, dando cima con esto á su larguísima carrera de iniquidades. No bien tan fatal nueva habia salido de su impura boca, cuando un-unánime grito de horror y un desmayo general se dejaron ver y oír en aquella sala. Espectáculo tan fúnebre y terrible no podia dejar de conmover hasta el corazón de aquellos malvados; y así es que horrorizados de su propia maldad se retiran silenciosos del pueblo, y previendo sin duda el castigo que de muy cerca les amagaba, aquella misma noche, llenos de espanto, faltos de consejo, y con el fin de eludir la persecucion de las tropas que ya por todas partes les iban al alcance, se dispersaron de tal suerte, que segun se cree ya jamás volvieron á formar cuadrilla; y así dispersos, vagabundos y errantes por entre selvas y vericuetos, fueron por fin capturados, y subiendo al patíbulo, dieron, aunque tarde, satisfaccion á la vindicta pública.

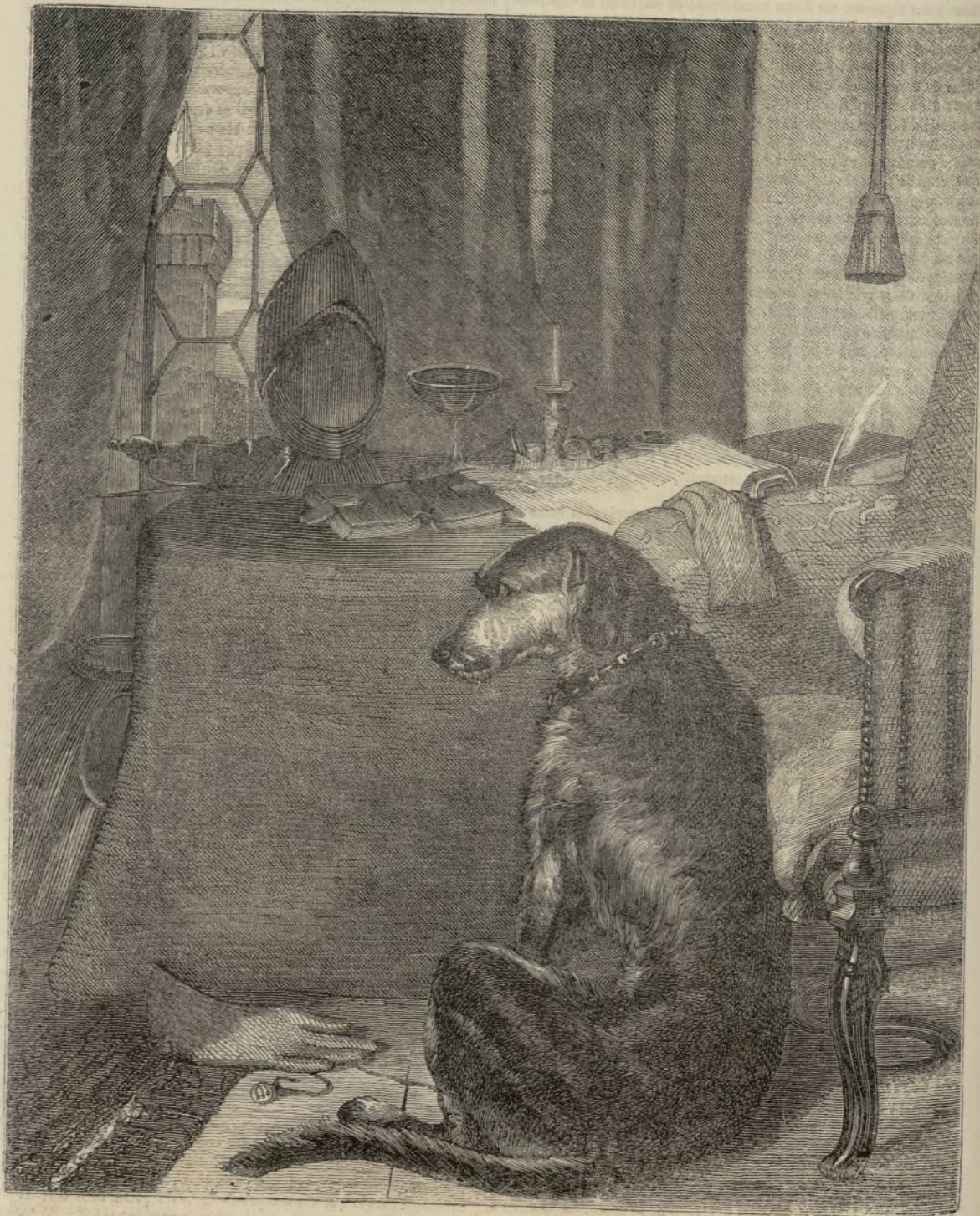
«Por otra parte, apenas vueltas en sí las heroínas de las Besas, miranse silenciosamente unas y otras, y todas á la vez movidas como por un resorte espontáneo, van reuniendo la poca ropa y muebles que les quedaban, hacen para sí y para sus pequeños hijos su correspondiente atilío, y apenas amanecido, cargan con todo acuestas, y con el respetable cojo á la cabeza, marchan juntas y sin saber dónde, despidiéndose para siempre de unos hogares, que por las tristes y repugnantes escenas de que por tantos años fueran teatro, se habian hecho inhabitables. Después que la triste comitiva habria andado como unos tres cuartos de hora en direccion al pueblo de Albi, ya las quejas y el llanto que á las mas tiernas criaturas arrancara el hambre y el cansancio aumentaba el dolor de las desoladas madres, conocieron entonces mas que nunca todo el peso de su infortunio, y se vieron obligadas, con el fin de tomar algun descanso, á acercarse á tres ó cuatro casas que á su izquierda asomaban entre el espesor de un frondoso bosque. Cinco ó seis eran entonces y no mas los vecinos de Cerviá (tal es el nombre de las casas de que acabamos de hablar), los cuales, así que vieron acercárseles aquella multitud, que cual otros israelitas huían la atroz persecucion de los nuevos egipcios, como por inspiracion adivinaron la desgracia é intencion de sus vecinos, y movidos por el impulso de natural compasion, se adelantan á recibirlos con los brazos abiertos y las lágrimas en los ojos, pasando allí una escena tan tierna, que en vano tratara de espresar la lengua del mas exaltado poeta. Los pobres vecinos de Cerviá ofrecieron generosamente su hospitalidad á los fugitivos de las Besas, quienes después de tan largo abandono y desesperacion toman con avidez la primera mano amiga que se les presenta, y como fuese aquel el punto mas á propósito para visitar fácilmente sus haciendas, determinan establecerse allí provisoriamente; y con el beneplácito y ayuda de sus bienhechores se cortan árboles, se arrancan piedras, se cava tierra, con estos materiales se construyen chozas, y se establece una especie de campamento, en el cual aquel infeliz pueblo halla por fin la paz y tranquilidad que tanto necesitaba.

«Instalados ya los hijos del ex-pueblo de las Besas en el término de Cerviá, y habiendo, junto con la memoria del desgraciado fin de sus padres, heredado tambien un nombre justamente indeleble, una notable actividad y un amor constante y sin limites al trabajo, no solo cultivaron desde allí sus antiguas heredades, sino que incansables, siempre pronto convirtieron los bosques de su nuevo término en hermosos y productivos campos, en amenos y abundantes viñedos, y en deliciosos y frondosísimos olivares. En poco mas de un siglo, las cuatro ó cinco casuchas de Cerviá, lo mismo que las chozas provisionales, se han transformado, como fácil es de ver, en mas de 250 casas de moderna construccion, las cuales, distribuidas en una plaza céntrica y cinco calles, todas menos una anchas, rectas y limpias, constituyen hoy dia una hermosa y agradable poblacion. Su término, aunque generalmente montuoso, produce pan, vino y hortalizas para su propio consumo; pero lo que constituye su principal riqueza es la cosecha del aceite, que es sumamente abundante y de superior calidad. Se coge á mas bastante anís, garbanzos y otras legumbres, se cria bastante ganado lanar y cabrio, y otros ramos de prosperidad pública, todos á la verdad muy florecientes. Pero lo que puede dar una idea mas cabal de la prosperidad siempre creciente de este laborioso pueblo, es el haber emprendido en 1835 y haber llevado á feliz término en solos doce años, y á pesar de las contrariedades de la época, la obra colosal, la obra régia de una grande y magnífica iglesia parroquial, cuyo acabado edificio consiste en una elegante nave central y dos colaterales, con tres grandes capillas mayores y ocho menores, adornadas ya

unas y otras con suntuosos y hermosísimos altares de delicada y moderna escultura, obra del acreditado artista Don Félix Ferrer.

»Amigos nada mas tengo que deciros acerca de las ruinas sobre que me habeis interrogado: si su historia es, á mas de tierna y patética,

agradable y entretenida, júzguenlo vuestros despejados entendimientos y vuestros sensibles corazones: de mi sé decir que quisiera habérsela contado de la manera y en los términos que su verdad se merece, de la cual no me es dable dudar en lo mas mínimo por haberla oído mu-



El perro del amo.

chas veces de boca de mi respetable abuelo, quien no solo había conocido á muchos, sino que hasta se había honrado con la amistad de algunos de los mismos que el último día de las Besas formaban parte de la triste comitiva que abandonaba silenciosamente sus hogares. Por otra parte, si conforme á lo que es natural en mi edad, he sido en mis relatos prolijo, os juro no ser en serviros escaso, como si en

algo mas quereis mandarme podeis ahora mismo francamente probarlo.»

Así dió fin á su discurso aquel anciano amable. Durante él estuvimos siempre pendientes de su boca, y confieso que enternecido en extremo, mas de una vez senti mi corazon compungido y mi garganta anudada, como tambien que una lágrima, rebelde á las órdenes de mi voluntad, mas de una vez trató de destizarse por mi pálida mejilla.

Nos levantamos luego, dímosle las mas cordiales y sinceras gracias por su condescendencia, y nos despedimos de él con la deferencia que se merece un hombre por todos títulos tan respetable. Montamos en seguida en nuestras mulas, y después de algun tiempo llegamos con la mayor felicidad al término de nuestro viaje, donde cediendo á la in-

vencible necesidad de compartir con los demás las emociones que habia experimentado en los espresados lugares, enristré mi tosca pluma y borroneé este artículo.

ANTONIO VILADOT Y SANUY.



El perro del criado.

LOS DOS PERROS.

Por una parte se presenta la vida opulenta del perro del amo: por otra la humilde existencia de el del criado.

El primero está solo en el gabinete de milord; todo lo que le rodea

recuerda la distinción de la clase y de los hábitos. Aquí armas antiguas, recuerdos de algun ilustre antepasado; un precioso libro á medio cerrar, manuscrito, pruebas de estudios serios; un collar trabajado con primor se destaca elegantemente sobre la hermosa seda negra del perro aristócrata.

Mirad por el contrario á su oscuro compadre: atado á un poste y

colocado entre un par de botas ordinarias, un sombrero grasiento y una botella vacía, parece que resume en su desagradable fisonomía todas las groserías y desgracias. Dos patas zambas sostienen su cuerpo pesado, y por cima del collar de cobre que le oprime el cuello se levanta una cabeza en la que la espresion de la bajeza disputa con la de la malignidad. Ha perdido uno de los ojos en alguna riña de plazuela, y con su lengua medio fuera, parece que hace un gesto burlon.

Pero estas diferencias que resaltan á primera vista entre los dos perros, son todavía mas notables para el que estudia sus hábitos: en tanto que el primero, fiel, sumiso, busca las caricias, obedece á la menor señal y respeta todo lo que se le prohíbe; el segundo, arisco y astuto, ladra sin cesar á su presa, no se sujeta sino á fuerza de golpes, y enseña los dientes aun á los niños! ¿Por qué tan opuestas costumbres? Preguntad la educacion. Los defectos y buenas cualidades de cada uno de ellos nacen de la enseñanza; cada perro es la copia de su amo.

¿Pero los amos se han formado solo por sí mismos? En sus vicios, sus maneras, sus virtudes, ¿cuál es la parte que pertenece á las primeras impresiones y á lo que les rodea? ¿cuál otra á las lecciones ó á las necesidades?

Cuando se aprecian los resultados en el mundo, se omiten las causas por lo general: hombre ó perro se los juzga tal como son, sin investigar de dónde vienen. ¡Cuántas enfermedades hay nacidas de circunstancias importantes que era preciso conocer, y mudar si posible fueran! ¡Cuántos desórdenes fáciles de prevenir si se conociera su origen! Todos los seres de la misma especie, nacen con instintos comunes que la casualidad modifica cuando la educacion se deja á la casualidad; pero estas modificaciones puede dirigir las y vigilarlas la prevision humana: solo tiene derecho, sino tambien deber.

Para esto es preciso observar; lo que falta mas comunmente no es la buena voluntad, sino las luces. Se queria evitar el mal camino para sí y para los demás, pero por falta de atencion no se distingue y no se reconoce el error hasta que se llega al fin.

Estas reflexiones no pueden atenuar la admiracion hácia los virtuosos: lo que hacen es procurar indulgencia á los culpables. Para exigir que todos procurasen el mismo fin, era preciso que desde luego se diera á todos el mismo punto de partida. Tratemos pues de no irritarnos demasiado contra el perro de collar de cobre. Si ladra á todos los transeúntes, recordemos que no ha recibido otra enseñanza que bastantes puntapiés.

SOBRE LA IMPORTANCIA DEL ESTUDIO.

Tan vasto y espinoso es el campo que presenta á nuestra vista lo que es objeto de este escrito, que es sumamente difícil, si no imposible, lanzarse en él sin esponerse á tropezar cada instante. Existe desde muy antiguo una ciencia radiante y luminosa como el sol en el cenit: la historia. Esta es el rico arsenal en donde hemos de buscar los irrefragables testimonios sobre los cuales se cimenten nuestras opiniones. Preciso sería que ascendiéramos á las primitivas edades de los hombres; estudiáramos sus costumbres, usos, ritos y ceremonias, formando un paralelo entre estos y la actual humanidad, pues es nuestro dictámen que no de otro modo debe tratarse esta importante cuestion. Los primeros hombres, no cabe el menor género de duda que yacian envueltos en la mas crasa ignorancia: habitantes de las selvas, sus inclinaciones, sus costumbres debieron ser esencialmente bárbaras; no ocupados mas que en robustecerse y desarrollar la parte física, descuidaban absolutamente el enriquecer la otra noble que el Criador habiales concedido; ese destello divino que hace al hombre colocarse en una esfera superior á los demás seres que pueblan el espacio: el alma. Luego que estos, abandonando cuevas y riscos, sintieron brotar en su mente el espíritu de asociacion que ya por algun tiempo germinaba, formaron pequeñas sociedades en las que el mas locuaz atraía de un modo irresistible las miradas y atencion de los que le rodeaban; y reconociendo en él cierta superioridad sobre ellos mismos, nació en su pecho el deseo de lanzarse en la anchurosa y amenísima senda de la civilizacion, que la sabia mano del Omnipotente habia trazado en el día que pronunció las sublimes y misteriosas palabras, *fiat lux*. Causa tristeza, ciertamente, verles en un estado de embrutecimiento siguiendo los feroces impulsos de sus corazones, no abrigando mas que rencores y odios, arrastrando una existencia de peligros, antagonismo y errores. Fatalidad que pesaba sobre aquellos desgraciados. La vista de un semejante suyo les asustaba; y si en su mirada leían la espresion de alguna pasion violenta, apresuradamente marchaban á guarecerse en el seno de las rocas; sus manjares eran los que la pródiga naturaleza les suministraba. Registrados sobre los peñascos, veían con asombro á la cándida y rosada aurora que

asomaba en el Oriente su faz risueña, y á la hora en que el sol aparecía grande y majestuoso, se prosternaban, y cediendo á un instinto religioso, elevaban al Criador plegarias desde el fondo de sus corazones. Ocupábanse únicamente en apacantar rebaños, sin conocer la inagotable mina de riqueza que en sí encerraban; no habiendo nacido las artes ni conocido su aplicacion á la humanidad, únicamente se cubrían con el ropaje que Dios les habia dado cuando entraron en este inmensurable espacio que llamamos mundo. ¡Cuán triste y desconsolador es el cuadro que nos presenta la humanidad en el estado de barbarie de sus facultades intelectuales, ó mejor dicho, en su estado primitivo! Verdaderamente que los que hemos tenido la infelice dicha de haber nacido en el siglo XIX, debemos vanagloriarnos, y con la frente erguida dar gracias al Ser Supremo, de haber alcanzado esta época de civilizacion. Ya hemos visto aunque en bosquejo los primeros hombres en su estado natural. Ahora pasemos á ver el hombre de la civilidad. Las ciencias, las letras y las bellas artes se hallaban en mantillas, cuando los genios que brotaron en la sociedad se apoderaron de ellas, estudiaron con profunda atencion la naturaleza, y encontraron sus leyes fijas é invariables: he aquí el arte. Inventose el estilo (1), y viendo que pronto desaparecian los caracteres, aguzado el ingenio, encontraron los troncos de ciertos árboles, donde los signos fuesen mas estables; pero esto no satisfacía los deseos de los hombres. La sociedad avanzaba cual impetuoso torrente, la luz de la revelacion habia iluminado la humana inteligencia, y sus vivos y esplendentes rayos habian de fascinar á los que les miraran. El pensamiento deseaba ser eterno como la creacion y Dios: en el libro inmenso de la humanidad habia escrito un nombre, el de *Gutenberg*. Vedle cuál se eleva majestuoso, y con alta voz proclama que ha inventado el arte de imprimir. En el mismo instante comunica un grande impulso á la inteligencia; de polo á polo se difunde la palabra, y queda inventado el modo de eternizar nuestros hechos en todos los ramos del saber humano. Aquí la imaginacion se abate, y admirando el poder del gran invento, se anonada, y conoce que el paso que se ha dado en el camino del saber es inmenso, incalculable. Y lo que poco antes eran pergaminos, se convierten en libros. Visitad esos establecimientos de instruccion primaria y vereis bullir y agitarse un plantel de niños, que atentos á la lectura y la explicacion del preceptor, estan con el corazón abierto, dejando dar paso á las saludables y sublimes máximas de la religion, y la mente enriqueciéndose con los raudales hermosos del saber. Vedles con la frente levantada ojear con presteza un libro, leyendo en alta voz, como queriendo espresar con esto que allí está el pensamiento escrito, y que él posee un medio de preconizarlo: este es la lectura, el estudio. Seguid á esa juventud en todos sus pasos, y la vereis entrar en las universidades, fuentes inagotables del saber; en las cátedras oyendo la sabia voz de los preceptores. Vedles terminar el estudio de lo que llamamos filosofía. Perplejo el ánimo, sin conocer la mision que el Criador les ha confiado, radia en su mente una luz y le dice *jurisprudencia*, y vedle en el foro apartar del borde de la tumba al infeliz que en un acceso de cólera, cuando su razon se hallaba embotada, hundió el acero homicida en el pecho de su semejante. Vedle después en la tribuna parlamentaria, vertiendo á torrentes su pasmosa erudicion, oscilar las paredes y columnas del santuario de las leyes, bambolear los tronos, y últimamente derrocarlos, hasta que salidos de quicio se precipitan en una sima. Ved en el hombre científico un destello divino, y miradle con el timon del estado en la mano, dirigiendo millones de habitantes. Otro oye una voz que resuena en sus oídos y le dice *teología*. Vedle en las aulas iniciarse en los mas sacrosantos misterios de la divinidad; vedle arrancar secretos á la sagrada *Biblia*, y con estrema fe defender las sublimes máximas del Catolicismo; vedle en fin terminada su carrera teológica, y colocarse en la cátedra del Espíritu Santo derramando un bálsamo consolador en el pecho de los oyentes, inculcándoles sanas doctrinas; y para que sepais la grande influencia del saber y del estudio, un pueblo antes corrompido por la inmundicia, por la disolucion y por los vicios, entrar poco á poco en la senda de la virtud y de la religion. ¿A qué es debida esta metamorfosis, este repentino cambio de ideas y de costumbres? á la voz del saber; y últimamente, vedle colocado en la sagrada silla del apóstol que puso la primera piedra en el sublime edificio del Catolicismo; ¿decidme, quién de la oscuridad ha elevado á ese hombre hasta esa encombradísima posicion? el saber y solo el saber. Ved al otro que arreglando las frases á una proporcion simétrica, habla el lenguaje de Dios; observadle en los campos estasiarse á la vista de una flor, al suave murmullo del riachuelo que blandamente se desliza bajo sus plantas, en medio de la tempestad fijar la vista en las nubes, que cual caballos sin freno se precipitan unas sobre otras; con la historia en la mano vivir idealmente en épocas remotas, y cogida la pluma escribir un poema absorbiendo la atencion de la humanidad; ¿en dónde está la causa de la adquisicion

(1). Estilo especie de punzon con que escribían los antiguos.

de tantos conocimientos? en dónde? En el estudio. Entrad en esos grandes talleres, y en ellos encontrareis una multitud de hombres de entendimientos obtusos, dirigidos por un inteligente; oiréis el incesante ruido que producen las máquinas; aquí uno que está observando, allá otro que corre, vereis el vellón de la lana en bruto, y á los pocos momentos, esta lana convertida en un fino y riquísimo paño, ¿á qué es debido este movimiento fabril? al estudio. Entrad en el gabinete del diplomático, y le vereis con la pluma en mano, resolver algun problema social de interés grande para las naciones, evitando con este medio torrentes de sangre. ¿A quién debemos este inmenso favor? solamente al estudio. Observad al matemático que absorbe en profundas meditaciones está dando solución al importantísimo problema de conciliar la velocidad con la comodidad, y héle que de repente, cual otro Arquímedes, sale gritando: *il trouve*, ya lo he hallado, cuando vemos su frente espaciosa iluminada por brillante aureola, y al través de sus ojos la llama del genio que oscila en su mente. Este gran invento que redanda en beneficio del mundo entero, que hace cortas las grandes distancias, que hace que hombres de otro hemisferio se asocien unos con otros, formando una revolución en el mundo social y de las ideas; ¿á qué es debido? al estudio. Tended la vista mas allá y vereis al juriscónsulto que consagra una gran parte de su existencia al conocimiento de las leyes; observa la humanidad en sus diferentes fases, desenvuelve hasta los pliegues mas recónditos del corazón humano, estudia sus pasiones, y dictando una sola ley, establece la moralidad y el bienestar de sus habitantes: ¿á qué atribuireis todo esto? al estudio que tiene hecho. Entrad en el templo de Melpómene y Talia; asistid á la representación de un magnífico drama, en el que vereis reproducidas vuestras ideas, afectos y costumbres, recorriendo todos los tonos de la pasión, tan pronto bañando vuestro rostro dulces lágrimas, tan pronto rebotando de placer el corazón, cuando á los pocos momentos os entregáis á toda la fuerza de la desesperación, y de repente, como por ensalmo, pedis estentóreamente con una salva de aplausos que salga el autor de aquella producción, tributándole espontáneamente una brillante ovación, convirtiéndose el escenario en un vergel con los ramilletes y coronas que á sus plantas habeis arrojado. Este hombre á quien veis rodeado de gloria, ¿á qué debe ese entusiasmo que se apodera de vuestros corazones? solamente al estudio. ¿Cuán inmensa no es la distancia que separa á una nación culta de otra que no lo es! Echad una mirada retrospectiva sobre nuestra edad dorada, y vereis á la potente Iberia, que descuella sobre las demás naciones, noble y orgullosa, como la gallarda palmera en medio de plantas raquífticas. Vereis sus armadas en medio de las agitadas olas del Océano imponer respeto al mundo; vereis esos genios, que asombran las generaciones con los portentos de su imaginación: fray Luis de Leon, Herrera, Rioja, y otros que seria prolijo enumerar; ¿á qué debíamos nuestra preponderancia sobre las demás naciones, siendo la señora del orbe? al estudio. ¿A qué debió Colon su fama europea? á las grandes vigiliás que había consagrado al estudio. El inmortal ciego de Smirna, el autor del gran monumento épico, ¿por qué se vió aclamado por toda la Grecia, hasta disputarle siete ciudades su nacimiento, y mirado en el día como el primer poeta épico del mundo? por el estudio. Demóstenes, ese modelo de elocuencia, que sentado sobre una roca conmovia las masas, y arrastraba en pos de si miles de hombres ¿á qué debió su gloria? al estudio. Virgilio, ese cantor de Troya, que supo pintarnos al valiente Aquiles con tan vivos colores, siendo una de las lumbreras mas radiantes del parnaso, ¿qué fué lo que le elevó á esa inmensa altura en que hoy le vemos? el profundo estudio que había hecho de la antigüedad y de sus contemporáneos. El grande é inmortal Cicerón, que sentado en los escaños del senado, á su voz temblaban los senadores, y el puñal del homicida caía de las manos, teniendo un inmenso auditorio como pendiente de sus labios; ¿de dónde nacia esto? ¿á qué es debido que sus obras sean reputadas como dechado de elocuencia forense y parlamentaria, siendo la inagotable fuente en donde han de beber todos los que deseen ocupar un distinguido lugar, tanto en el foro como en el parlamento? solamente al estudio. El autor de *La Jerusalem libertada*, el autor de *La divina comedia*, Petrarca, Ariosto, Ercilla, Milton, Calderon, Lope de Vega, Cervantes y otros; ¿á qué deben su gloria? ¿á qué deben que su nombre viva en la memoria de las generaciones y les tributemos una especie de idolatría literaria? solamente al grande y profundo estudio que hicieron. Ved aquí, aunque en bosquejo, la gran diferencia que hay entre el hombre estudioso y otro que no lo es; el gran papel que desempeñan en el mundo las naciones cultas sobre las que no lo son. Por lo tanto, alentémonos, y consagrando los mejores momentos de nuestra existencia al estudio, radie en nuestra alma la luz de la inteligencia, aproximándonos á la divinidad, pues es sabido que cuanto mas ricos seamos en conocimientos, tanto mas la conoceremos, y ocupando algun día entre nuestros semejantes una esfera superior, subamos al templo de la inmortalidad, cuyas puertas estan continuamente abiertas.

José MORALES y SANZ.

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

(Continuacion.)

VII.

De cuanto os estoy relatando, amados niños, habíase penetrado Orfelina: en cuanto á su acompañante, preparábase á ver un milagro parecido al de los náufragos.

No tardó esto en verificarse: el invisible tacto del junco abrió los ojos al desdichado ciego, é hizo llorar de alegría á su inocente hija. Mirábanse ambos con una espresion indefinible de felicidad y asombro: nada de cuanto pasaba alcanzaban á comprender, y estaban tentados á creer un horrible sueño y nada mas, todas las angustias pasadas.

Lanzados uno en brazos del otro por la irresistible fuerza de aquella situación tan imposible de describir, fueron sacados de sus ardorosos éstasis por un nuevo golpe mágico... por la aparición del denodado y esperto jóven asociado con el viejo John en los vastos proyectos á que se habían arrojado para buscar su gloria y la de su nación.

—Velli!... exclamó el anciano.

—John!... respondió el jóven, arrojándose á los brazos del viejo.

—¿Qué es lo que por nosotros pasa en esta noche?... Pero, ¡ah! no me acordaba: ¿Sabes que he descubierto al fin ese arcano que debe asegurar nuestra felicidad?... ¿sabes que he descubierto las vías mas rápidas para el curso de nuestros buques? ¿Qué revolución en el comercio! ¿Qué cambio en el porvenir de las naciones!... Mas... ¿adónde están mis cartas geográficas?... ¿Qué es esto, hija mia!... Y mis cartas geográficas?... ¿no lo oyes?

—Señor, ¿qué me decís? respondió la jóven: ahí estaban ahora... ahora mismo... Pero, ¿qué es lo que ven mis ojos?... oro... oro... ¡Dios mio!

—Y es cierto!!!... prorumpieron los dos marinos al contemplar dos grandes pilas de oro que cubrían un gran papel, sobre el cual se veían escritas estas palabras en gruesos caracteres:

«Dejad los descubrimientos, dejad la gloria: los descubrimientos... la gloria, serán la muerte para vosotros. ¿No habeis sufrido bastante por esa quimérica ambición? Tomad... sed ricos... sed felices... dejad al destino que señale los arcanos de la naturaleza, que aun no conviene arrojar al mundo como patrimonio de su ambición.»

VIII.

Lejos de aquel lugar en que los mas encontrados efectos se verificaban por la fuerza de tan estraños sucesos, se encontraba la infanta y su jóven acompañante, quien había tomado por orden de aquella una de las monedas de oro que habían servido para enriquecer á John y su familia.

Habían llegado ambos á una apartada región, atravesando comarcas y aun mares, y la noche se había convertido en delicioso día.

Pájaros cantores poblaban los bosques y revoloteaban juguetones por los árboles; riachuelos bulliciosos serpentean por las colinas; jardines perfumados alfombraban aquel privilegiado terreno.

Asombrado el jóven de la riqueza de aquel mundo, en que el día parecia mas diáfano, el aire mas suave, la vegetación mas delicada, preguntó:

—Adónde nos hallamos?

—Estamos en la hermosa Italia; estamos en el país de los encantos.

—¡Ah, señora!... exclamó el jóven: ¿por qué no hemos de quedarnos en esta deliciosa región?... ¿Por qué no abandonamos el resto del mundo por un solo rincón de este país privilegiado?

—Porque pertenecemos al universo.

El jóven guardó religioso silencio á aquella respuesta, que encerraba un impenetrable misterio.

—¡Porque pertenecemos al universo!... repitió; y el exámen de este arcano estaba á punto de arrebatárle del alma la pura alegría que en ella había hecho surgir aquel día, aquel país.

De repente hallábase en su camino al frente de un esplendoroso palacio; sus puertas de bronce, francas, aunque guardadas por numerosos criados, convidanle á penetrar en aquel sitio para contemplar maravillas.

La infanta penetró invisible en aquel templo de la ostentación humana, y el jóven la siguió mudo de asombro.

Al tacto de la vara mágica, una estancia ataviada con magnificencia augusta quedó franca ante los estupefactos ojos del jóven.

Vacilante entre la contemplación ó el exámen de aquella riqueza, acaba por quedar aturrido ante una mágica y vaporosa vision.

Dos apuestas damas, muellemente colocadas en cogeles de terciopelo con franjas y clavos de oro, mirábanle risueñas como la seducción, frescas y sencillas al propio tiempo como una mañana de abril.

IX.

El joven, mudo de entusiasmo, iba á dirigir la palabra á ambas bellezas; pero contúvole una mirada de Orfelina.

Orfelina se despoja del albornoz que la constituía invisible, y entregándolo á Alibar, dirigióse á aquellas sonriente y acelerada.

—Hermanas mías, las dice, poco tiempo debemos estar hoy reunidas.

—¿Será posible!... exclamó la mayor; cuando os estábamos esperando para consultaros nuestra conducta para con los menesterosos, que nunca sin vos acertamos á clasificar ni á premiar con acierto.

—Pues bien, hermanas mías; marchad reunidas en vuestros pasos, que la Paz asociada siempre de la Riqueza, recorra las cabañas del pueblo, examine los dolores de la opulencia, calme las enfermedades del justo, y haya piedad del género humano.



—¿Pero sin ti, hermana nuestra, dijeron á la vez la Paz y la Riqueza; qué haremos sin ti? ¿Qué haremos sin la Caridad?

—La Caridad va en vosotras, hermanas mías; en vosotras que comprendéis mis instintos, que concebís mis sentimientos, que obráis según mis costumbres. Las tres reunidas, Paz, Caridad y Riqueza, somos el bálsamo de la humana especie; empero aunque separadas, cuando tan identificadas nos hallamos en nuestra triple naturaleza, no hay temor de que faltemos al deber que nos ha impuesto el Criador al enviarnos al mundo. Obrad pues, hermanas, que yo apruebo vuestras obras. El amanecer está próximo en mi país; y ahora que os he dado mis instrucciones, debo volverme al palacio en que plugo hacerme nacer á la Providencia, personificando en mí en carne mortal, el pensamiento mas dulce y bello de la creación.

Dijo, y una transformación mágica y peregrina aconteció entonces á los ojos de Alibar.

Habia desaparecido el palacio; habiase disipado la suntuosidad, y la riqueza de sus salones; la belleza de sus muebles, el perfume de sus ámbitos.

La vara mágica de Orfelina hizo desaparecer hasta el último vestigio de aquella fábrica: ni quedó visible la menor piedra, ni podría calcularse el sitio en que el palacio se había alzado orgulloso y prepotente.

En su lugar quedó una pradera umbrosa, regalada con las flores de la primavera, y con los perfumes naturales de las hojas, que aparecían tiernas, aun al empezar á desarrollarse, bajo la influencia de un sol de mayo.

Una tropa de jóvenes pastoras recorrían aquel ameno sitio, bailando y cantando al son de instrumentos silvestres, tañidos con sentimiento y expresión dulce y delicada.

Formando caprichosas ruedas, haciendo entre sí enlaces vistosos, y sosteniendo en el centro como heroínas de la fiesta, á la Caridad á la Paz y á la Riqueza, ataviadas con blancos y ligeros vestidos, rendíalas el homenaje de su reconocimiento, porque aquellas pastoras representaban allí los votos de las desgraciadas almas á quienes la influencia de la vara mágica de Orfelina, ó el rocío benéfico de la Paz, ó los raudales dorados de la Riqueza, habían salvado del mal estar.

Pero Orfelina era la verdadera reina, y Orfelina fué la que obtuvo honores mas brillantes de la bulliciosa tropa.

Una linda pastora había formado una hermosa guirnalda de las

flores de aquel pensil, y separándose del corro en que constituía parte con sus compañeras, presentó á las tres hermanas, Caridad, Paz y Riqueza, su bella y perfumada obra.

(Concluirá.)

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Albarran.